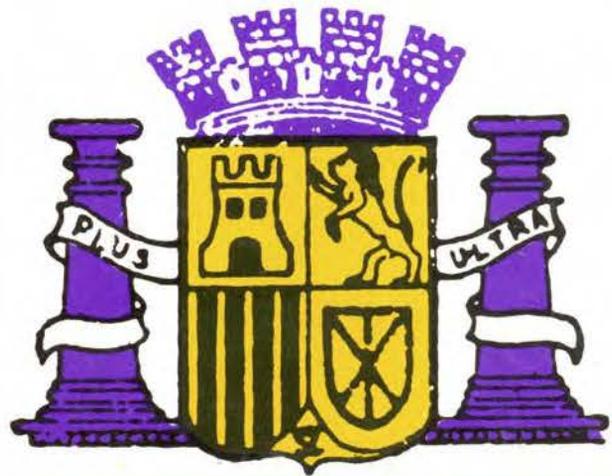


THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

- ▶ **JOSE GAOS**
- ▶ **FRANCISCO MIRO QUESADA**
- ▶ **VERA YAMUNI**
- ▶ **OSCAR ZORILLA**
- ▶ **LEOPOLDO ZEA**
- ▶ **ERNESTO MEJIA SANCHEZ**
- ▶ **ANDRES LIRA**
- ▶ **LUIS ELIO**
- ▶ **JOSE ANTONIO MATESANZ**
- ▶ **FELICITAS LOPEZ PORTILLO**

3



**HOMENAJE A
JOSE GAOS
HOMENAJE A
ALFONSO REYES**

OCTUBRE / 1979

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.

Año 1, Número 3

Octubre / 1979





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Secretario General Administrativo:
Ing. Gerardo Ferrado Bravo

Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: José Antonio Matesanz
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, José Antonio Matesanz

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.
Diseño: Germán Montalvo

INDICE

La tradición presente. JOSE GAOS 5
Lo mexicano en filosofía

Homenaje a JOSE GAOS 15

LEOPOLDO ZEA 16
José Gaos en el recuerdo

FRANCISCO MIRO QUEZADA 20
La filosofía como aventura personal

VERA YAMUNI 28
De la aforística de José Gaos

ANDRES LIRA 35
Recuerdos del seminario de José Gaos

OSCAR ZORRILLA 40
Soneto

HOMENAJE A ALFONSO REYES (1890-1959) 41

ERNESTO MEJIA SANCHEZ 42
Una antología impersonal de Reyes

LUIS ELIO 50
Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte. España, 1936 (fragmentos)

JOSE ANTONIO MATESANZ 64
La guerra civil española

FELICITAS LOPEZ PORTILLO 71
Características del "fascismo" español

NOTAS Y RESEÑAS

Roberto Heredia Correa sobre la Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. 77

JOSE ANTONIO MATESANZ

La Guerra Civil Española

El 17 de julio de 1936 un grupo de militares españoles encabezados por el general Sanjurjo, el general Mola y el que había de llegar a ser "Caudillo de España por la Gracia de Dios", el general Franco, iniciaron en territorio marroquí una rebelión en contra del gobierno republicano del Frente Popular.

Fueron aquellos primeros días del conflicto días de indecisión para muchos y días decisivos para todos. Indecisión, por una parte, del gobierno republicano mismo, que turbado por facciones internas y sin saber muy bien qué hacer para enfrentar la rebelión por los cauces normales del aparato del poder legal, perdió un tiempo precioso y preciosas posiciones por no haberse decidido desde un principio a armar a todo aquel que lo pedía. Indecisión,

también, para una considerable porción de la población española, que se vió estrechada entre lealtades encontradas y que no participó o participó sólo a medias en las acciones de un pueblo claramente decidido a resistir, entusiasta de la lucha, fuese a favor del lado rebelde, fuese a favor de lado leal. Pero tanto para los decididos como para los que se negaban a decidir, fueron aquellos días decisivos, días que habrían de marcar de modo imborrable el destino personal de cada uno de los españoles, el destino de España como comunidad nacional y el futuro de Europa y del mundo entero.

Tal como mucha gente lo pensó en aquella época, y lo sigue pensando hoy, una simple y para España casi usual rebelión de militares no debería haber constituido problema grave para un gobierno bien organizado, para un gobierno fuerte, unido y acorde en sus objetivos y en los medios para lograrlo. Por desgracia, lo que el gobierno republicano del Frente Popular precisamente no tenía en aquellos momentos, era un acuerdo claro y aceptado plena y sinceramente por todos los grupos que lo componían, acerca de la meta a perseguir, y sobre todo acerca de los medios adecuados para llegar a ella. Hay quien dice hoy que la sordera del gobierno de Casares Quiroga ante las múltiples advertencias que recibió sobre la inminencia de la rebelión de los militares, fue en realidad una sordera fingida, y que el gobierno, con plena conciencia de la conspiración militar en curso, esperaba y deseaba que se manifestara abiertamente para aplastarla tal como había aplastado la rebelión militar de 1932 y tener así, ahora, motivo y oportunidad suficientes para suprimir de una vez por todas el peligro que desde un principio implicó para la República un ejército desafecto. Pero fuese que las medidas con que Casares Quiroga pensaba aplastar la rebelión no le funcionaron llegado el momento, o fuese que su gobierno fue tomado desprevenido, el hecho es que en pocos días, y a pesar de la heroica resistencia de una parte del pueblo español, los militares rebeldes se había apoderado de la mitad de España.

Durante toda la guerra, especialmente durante estos primeros días, la lucha adoptó aspectos que cualquiera que conozca así sea medianamente la historia de España puede de inmediato relacionar con el pasado español. Resulta en verdad impresionante comprobar la similitud con que un pueblo reacciona en épocas muy distantes ante peligros si no exactamente iguales, por lo menos análogos. En 1808, para no ir más lejos con esta analogía, ante la invasión napoleónica y el derrumbe de la corona de los Borbones, una buena parte del pueblo español decidió resistir, sin dejarse impresionar demasiado por el hecho de que había de enfrentarse al mejor ejército de la época. En 1808



como en 1936, rotos los órganos del aparato legal del Estado, desaparecidos o convertidos en enemigos los instrumentos represivos de la autoridad pública, por sí y ante sí el pueblo español asumió la misión de defenderse, se arrogó la representación de la soberanía original y colocó en un primer plano las unidades primarias en que su cuerpo social estaba organizado: en 1808 los ayuntamientos, las diputaciones y las juntas regionales; en 1936 los sindicatos obreros y los partidos políticos.

Los aspectos característicos que adoptó la guerra civil de 1936 permiten hacer una analogía no solamente con la guerra de Independencia o con las guerras civiles en que España se vió envuelta durante el siglo XIX, sino con su historia toda, tanto la medieval como la moderna. En efecto, la lucha armada a la que se lanzó el pueblo español a partir del 17 de julio mos.ró, desde un principio, esa exaltación de la personalidad que es típica del romancero español; mostró ese gigantismo del yo voluntarioso que formado y templado a lo largo de ocho siglos de guerra con los moros permitió a los españoles labrarse primero un imperio mediterráneo, después uno europeo y por último un imperio donde efectivamente el sol no se ponía. Por desgracia las infinitas acciones de heroísmo, de valor y de cobardía, de traición y de lealtad que hacen de esta guerra la última página agregada por España a su romancero, no se ejercieron en contra de un enemigo exterior; por desgracia, toda esta explosión de impresionante energía vital fue dirigida por el español en contra del español, en una encarnación más del drama eterno de Caín y Abel.

Esa gesta romanesca vivida por los españoles sobre todo en esos primeros y decisivos días de la guerra, cubierta hoy por la niebla deformante de una propaganda decidida a mitificar, por intereses políticos de todos los colores y todos los matices, la historia de la guerra civil española, más que aclarar oscurece los términos en que puede y debe verse el conflicto desde un punto de vista más estrictamente historiográfico, más general, más alejado de las pasiones partidistas.

En términos militares, la rebelión logró solamente un triunfo a medias, lo que es decir que a medias fue derrotada. A fines de julio el ejército rebelde se había apoderado sólo de la mitad de España, es decir de Navarra, de parte de Aragón, de partes de ambas Castillas, de partes de Asturias y Galicia y de las principales ciudades de Andalucía. En cambio, había sido derrotado en la otra mitad, y sobre todo en las grandes ciudades, en Barcelona, Valencia, Madrid, Bilbao, Santander. Si la rebelión hubiese triunfado desde un principio en todo el territorio español, no se hubieran dado las condiciones necesarias para una guerra civil, y la situación española en 1936 se habría parecido mucho más de lo que de hecho se parece a la de Chile en nuestros días. Si, por otra parte la rebelión hubiese fracasado en todo el territorio, con toda verosimilitud podemos suponer que se habría visto libre el camino para que en toda España se llevase a cabo plenamente la revolución social que había venido incubándose por tanto tiempo.

Aunque en términos formales pueda decirse que una parte del pueblo español se levantó en defensa de la República, en términos más estrictos, referidos al contenido, al

sentido mismo que ese pueblo dió a su lucha, la razón última por la que exigió y tomó las armas, no fue que le importase en primer lugar la forma de su gobierno, sino que mucho le importaba llevar a cabo su propia revolución. En los últimos días de julio y primeros de agosto, en territorio dominado por los rebeldes estaba en curso como preocupación casi única la preparación de la guerra civil, ya inevitable y que prometía ser larga. En contraste, en territorio dominado por los leales lo que estaba en curso en primer lugar era una revolución social. La revolución, o mejor dicho las múltiples revoluciones que ese pueblo pretendía llevar a cabo de un sólo golpe eran el precio que quería cobrar por la defensa de la República, y que cobró en parte de hecho, llevándola a cabo allí donde pudo y olvidándose entretanto que enfrente había un enemigo decidido a aplastarlo.

Esta es una de las paradojas más irónicas entre las muchas que nos ofrece esta historia; el ejército, rebelado contra el gobierno legítimo con el pretexto de que en España había una revolución, lo que hizo de veras fue provocar que esa revolución estallara; el ejército, que entre las excusas que entonces dió para justificar su rebeldía usó mucho la de que entre sus deberes históricos estaba el de guardar el orden público, lo que provocó de veras fue un



sangriento estallido de desorden público. Es necesario subrayar esta vertiente en que se manifiesta la crisis española en julio y agosto de 1936: guerra civil por un lado y revolución por el otro, e insistir en que el inicio de la segunda, de la revolución, fue consecuencia y no causa (por lo menos no una causa verdadera y legítima) de la primera.

La revolución social que quiso llevar a cabo el pueblo armado en defensa de la República, constituye otro caso entre los múltiples ejemplos que nos ofrecen las revoluciones modernas, de que es preferible no iniciar un movimiento de este tipo a menos de que existan las condiciones para llevarlo a sus consecuencias últimas, y que resulta en verdad mucho peor iniciarlo y dejarlo a medias. Si los revolucionarios españoles de 1936 hubieran sido capaces —como lo fueron los revolucionarios rusos en 1917— de destruir la estructura del orden anterior y al mismo tiempo de organizar la guerra civil exitosamente, la historia de España hubiese sido muy distinta. La contradicción interna del bando leal fue, desde el principio hasta el fin del conflicto armado, la imposibilidad de armonizar la revolución que las masas pretendían llevar a cabo con las necesidades de la lucha civil frente a un enemigo decidido a borrarlas de la tierra española.

En el campo rebelde, establecida desde un principio la prioridad de los objetivos militares, no fue difícil al general Franco, habiendo muerto en un accidente el general Sanjurjo, establecer ante sus posibles rivales su supremacía en el mando. Aunque la unificación política de la España rebelde no dejó de presentar problemas habida cuenta de la heterogeneidad de los grupos que la formaban: carlistas, monárquicos, falangistas, ejército, aristocracia, clases medias conservadoras y derechistas de todos los matices, Franco pudo establecer rápidamente su mando único y pudo también, especialmente a través de una magnífica manipulación propagandística del miedo, sobre todo del miedo que muchos españoles sentían ante la revolución en curso en la España leal, lograr que media España optase activamente por él. En esta labor, es triste recordarlo, recibió la ayuda de las altas jerarquías eclesiásticas y de la mayoría de los miembros de la Iglesia española, que conscientes de la importancia que el sentimiento religioso tenía para los españoles, hicieron todo lo posible por dar al conflicto el carácter de una guerra religiosa; para usar el término que la misma iglesia resucitó, de una cruzada.

En la España leal, por contraste, el proceso de unificación política fue mucho más complejo y nunca logró un carácter definitivo. El gobierno de Martínez Barrio, en los primeros días de la guerra, nació y murió en unas cuantas horas ante la exigencia de las masas, convencidas de que pretendía pactar con los militares rebeldes. El gobierno de Giral, que le sucedió, decidido a resistir a los rebeldes y a salvar lo que se pudiese tomó la medida importantísima de repartir armas al pueblo, y se enfrentó a la enorme tarea de restaurar los órganos de poder de la República, ignorados o destruidos tanto por las masas republicanas como por los militares rebeldes; a la tarea de organizar la guerra y también, triste necesidad, a la de encauzar en lo posible por los cauces legales el terror desatado por las masas.

Sin embargo, como representante de una tendencia re-

publicana, liberal-democrática, el gobierno de Giral careció del apoyo activo y entusiasta de las masas revolucionarias en armas y de los partidos políticos: es decir, careció del apoyo real de socialistas, anarquistas y comunistas.

Desde la caída del gobierno de Giral en septiembre de 1936 hasta el fin de la guerra, en abril de 1939, los gobiernos republicanos para sostenerse se verán en la necesidad de aunar el apoyo político de partidos y sindicatos a su capacidad de conducir y de ganar la guerra. La tragedia insoluble de todos estos gobiernos fue que para ganar la guerra se vieron en la necesidad de tomar medidas de organización y control que, necesarias desde el punto de vista militar, fueron resistidas y resentidas por las masas como ataques a sus conquistas revolucionarias. Pero a fin de cuentas no fue ése el principal problema de los gobiernos republicanos porque, mal que bien de 1936 a 1939 lograron organizar un ejército y lograron reconstituir, aunque fuese en términos distintos a los de 1931, el poder represivo de la República como Estado. A fin de cuentas el principal problema de los gobiernos republicanos lo constituyó su situación internacional.

Hoy es casi un lugar común afirmar que si a España la



hubiesen dejado sola, si en la guerra civil no hubiesen intervenido otras naciones, el bando rebelde y el bando leal, faltos de elementos con qué hacer la guerra se hubiesen visto en la imperiosa necesidad de negociar. España se hubiese ahorrado la guerra civil y podría haberse producido un acuerdo entre las Españas enemigas. Reflexionar en que las cosas pudiesen haber sido así en efecto, produce hoy esa tristeza característica de los buenos deseos frustrados, de las cosas buenas que pudiendo haber sido no fueron. Es un hecho que España, que no se había visto envuelta en una guerra civil desde hacía más de 50 años —todo un récord—, que no había participado activamente en la primera guerra mundial, no tenía una industria de guerra que pudiese garantizar ni a la España rebelde ni a la leal el suministro de un armamento propio abundante y suficiente. Para satisfacer esa carencia fue necesario que los dos bandos apelasen a sus respectivos amigos. Así al maremágnum producido en el territorio español por una revolución social y por una guerra civil en que intervenía entusiastamente el pueblo armado en ambas Españas, vino a agregarse la complicación de una intervención extranjera.

Una intervención extranjera que por lo que concierne a la España rebelde fue abierta, masiva y comprometida. El

prudente general Franco se había asegurado, antes de decidirse a lanzarse a la rebelión, el apoyo político y sobre todo el suministro de material de guerra de Italia, y a poco logró el de Alemania. Tanto Hitler como Mussolini, libres ya de enemigos internos, ya establecido de manera absoluta su mando único y en pleno curso la creación de sus sociedades fascistas, vieron en la guerra de España la oportunidad de fortalecer sus respectivas posiciones internacionales. Para el Führer la ayuda brindada a Franco —una ayuda modesta pero decidida—, implicaba el debilitamiento de las democracias occidentales, en cuyo grupo se había encuadrado la República española, e implicaba un paso más adelante en la ruptura de la organización europea establecida por el Tratado de Versalles. Para el Duce la intervención italiana en la guerra civil española —una intervención masiva que incluyó equipo, materiales de guerra y todo un ejército—, implicaba también el debilitamiento de las democracias occidentales; pero llevado de la ilusión de establecer el poder y el prestigio de un imperio italiano que se complacía en imaginar heredero del imperio romano antiguo, Mussolini dio a su participación el sentido de defensa de la cultura cristiana occidental contra el bolchevismo internacional.

En contraste con la participación activa y abierta de Italia y Alemania en favor de los rebeldes, la República se vió abandonada de todos sus posibles aliados naturales. En Inglaterra, y a pesar de que una parte importante de la opinión pública estuvo a favor de los leales, predominó una política gubernamental —que habría de revelarse con el tiempo como una política suicida—, de apaciguamiento de las tensiones con los nazifascistas, de contemporalización con sus bravuconadas: una política, en fin, decidida a evitar a cualquier costo la guerra con Alemania. Inglaterra fue la principal mantenedora de una política de no intervención en la guerra española, que al impedir por todos los medios que la República se armase para hacer la guerra habría de traducirse en términos reales en una intervención a favor de Franco.

La postura adoptada por Francia no desentonó con la de la Gran Bretaña. A pesar de que la opinión pública francesa simpatizó en gran proporción con la España republicana; a pesar de que el gobierno del Frente Popular francés tenía estrechas ligas con el Frente Popular español, a pesar incluso de que existían acuerdos anteriores que estipulaban la obligación española de comprar armamentos en Francia, a la hora de la verdad el gobierno francés decidió ligar su destino, decididamente, a la política británica de apaciguamiento de las pretensiones italo-germanas. Y Francia negó, ya no su ayuda, que nadie le exigía, Francia negó a la República española la venta de las armas que necesitaba para hacer la guerra. Francia, esto parece cierto, estuvo constantemente al borde de una guerra civil propia con motivo de la española. Desgarrada por tendencias contrarias entre sus propias fuerzas políticas internas, indecisa entre dos políticas: una, oponerse activamente al rearme alemán y al reforzamiento de las posiciones italianas, contra ella dirigidos en primer lugar; otra, contemporalizar en todo lo posi-



ble con Inglaterra y permitir el avance y el engrandecimiento nazifascista, Francia optó por esta última, que resultó a la larga ser la peor. Se libró posiblemente de que los propios franceses se lanzasen a una guerra civil; en cambio alentó con firmeza las condiciones para su propia derrota en la segunda guerra mundial, de la que no pudo salvarla su amiga y aliada la Gran Bretaña.

Una actitud parecida a la de Francia e Inglaterra fue la que mantuvieron los Estados Unidos a lo largo de toda la guerra: no intervención a favor de ningún bando, que significó de hecho una intervención en contra de la República.

Una mención especial merece dentro de este triste panorama la actitud del gobierno de Lázaro Cárdenas, que respaldado y aconsejado por un grupo selecto de mexicanos simpatizantes de la República le dió su apoyo sin restricciones. México no podía, no tenía con qué influir decisivamente en el desequilibrio que en cuestión de armas había entre la España rebelde y la España leal. En términos materiales el apoyo mexicano a la República no pudo pasar de unas cuantas armas, de unos cuantos soldados; sus suministros tuvieron más bien el valor de un gesto. En términos políticos, en cambio, el apoyo que México dió a la República en los foros internacionales, denunciando en voz alta las agresiones nazifascistas y desmascarando el sentido real de la política de no intervención, tuvo la virtud de enfrentar a las democracias occidentales a sus culpables complacencias con sus enemigos, y sobre todo tuvo el valor de recordar al mundo el papel que la ética debía desempeñar en las relaciones internacionales.

Una consideración especial pero de otro tipo merece la intervención de Rusia, por la importancia que revistió en el curso de la guerra tanto en su aspecto militar como en el político. La intervención de Rusia a favor de la España leal ha sido interpretada por muchos como una corroboración incuestionable de que la revolución española era una revolución comunista. La presencia de equipos y asesores militares soviéticos en territorio republicano fue utilizada propagandísticamente por los rebeldes y sus simpatizantes, para grabar con fuerza en la mente de los ingenuos y de los miedosos la imagen de una España bolchevique, de una España roja. No obstante, y tratando de dejar a un lado la propaganda, no se sigue que la España republicana haya sido comunista por haber recibido el apoyo soviético, como no se sigue que hayan sido comunistas Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y la China de Chiang-Kai-Shek por haber tenido a Rusia de aliada durante la segunda guerra mundial.

Para Rusia la guerra civil española significó la oportunidad de establecer posiciones donde nunca las había tenido. Hay que recordar que las relaciones diplomáticas de Rusia con España se iniciaron hasta octubre de 1936; hay que recordar que el partido comunista español, además de que no fue un partido que siguiese servilmente las directrices de la Komintern, antes de la guerra no tuvo peso ni importancia dentro del conjunto de fuerzas de izquierda españolas. El peso y la im-

portancia que adquirió durante la guerra se debió básicamente a dos razones: primera, a que Rusia condicionó su apoyo político-militar a la República a un aumento de la influencia del partido comunista en la composición del gobierno. Rusia fue el único país con capacidad militar y dispuesto a vender armas a la España leal; para los gobiernos republicanos mantenerla satisfecha no era cuestión deleznable, era nada menos que cuestión de supervivencia, cuestión de vida o muerte. Pero no fue ésta la única razón por la que el comunismo logró durante la guerra una extensión y un crecimiento fuera de proporción con sus efectivos iniciales; la segunda razón que explica la importancia que adquirió, es la de que el partido comunista interpretó muy sensatamente el sentir de muchos españoles de que había primero que ganar la guerra, que para ganarla era necesario reorganizar el poder del Estado y organizar un ejército eficiente, así hubiese para ello que sacrificar las conquistas revolucionarias de las masas. En este proceso los gobiernos republicanos se vieron en la necesidad penosa de permitir a los comunistas la comisión de crímenes incalificables, tales como la supresión de los trotskistas españoles.

La conducta de la guerra por parte de los republicanos y la composición misma de los gobiernos, tuvieron que estar supeditadas a los intereses políticos de la Unión Soviética y al suministro de armas que de ella provenía, suministro que fue manipulado por Stalin como un cuentagotas, y eso a pesar de que la República pagaba sus cuentas en oro y por adelantado. Vendiendo material de guerra a la República la Unión Soviética ganó dinero; adquirió también una posición de fuerza internacional que le permitiría, llegado el momento, usarla a su favor para conseguir un entendimiento con Alemania después de que ella también hubo abandonado a la República a su suerte.

El gobierno de Largo Caballero, iniciado en septiembre de 1936 bajo los mejores auspicios habida cuenta de la popularidad del "Lenin español" entre las masas y del apoyo que le concedieron los rusos, a pesar de que logró en lo militar triunfos tan espectaculares como la defensa de Madrid y la derrota de los italianos en Guadalajara, y en lo político logros tan sorprendentes como la inclusión entre sus ministros de varios miembros de la poderosa organización anarquista, de la Confederación Nacional del Trabajo, para mayo de 1937 se había enemistado con los rusos y hubo de dejar la jefatura del gobierno. Le substituyó don Juan Negrín.

Quizá no hay entre todos los dirigentes republicanos ninguno que como Negrín haya llegado a polarizar de un modo tan total, de un modo tan absoluto, la devoción y el odio de sus compañeros de lucha. Militante del ala derecha del partido socialista, este médico que antes de la guerra sólo era conocido entre sus colegas como un buen organizador de la investigación en Medicina, como jefe del gobierno republicano se reveló como un enorme dirigente, en mi concepto el mas grande que haya producido la República durante la guerra civil. Negrín tomó las riendas del gobierno en un momento en que los desastres militares de la República, tales como la caída de Málaga, hacían pensar a todos los prudentes que la República no

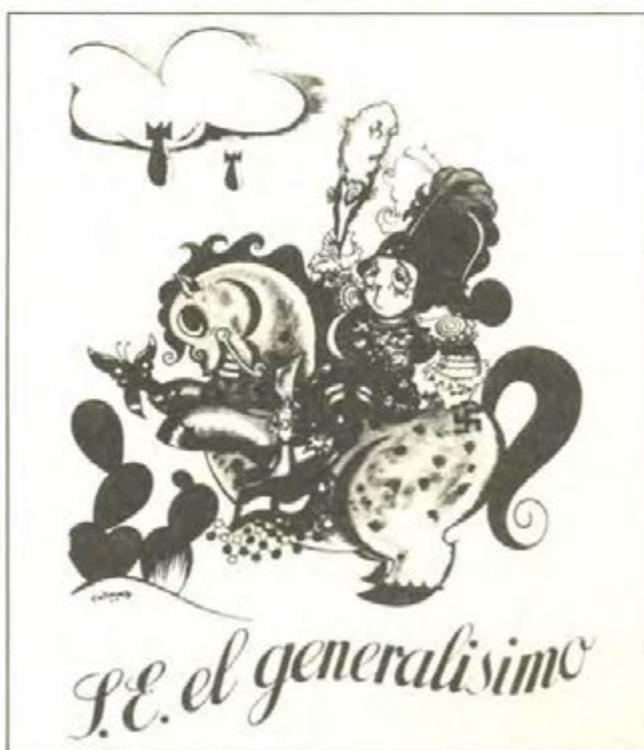


podría resistir y por lo tanto no debía resistir. Para encargarse de dirigir la lucha, Negrín necesitaba creer en la victoria, y en ella creyó con la violencia de un temperamento apasionado y enérgico. Negrín ocupó todas sus energías en reorganizar el poder del Estado republicano, en mayo de 1937 todavía disgregado y atomizado en manos de las masas, y en crear un ejército para la República unificando bajo un solo mando a todos sus defensores. Azaña lo acusa en sus *Memorias* de arbitrario, de poco respetuoso con los formulismos de la organización parlamentaria de la República, de haber desarrollado tendencias personalistas y dictatoriales; lo acusa de ser un inconsciente. Prieto le reprocha haberse identificado demasiado con los comunistas. Los catalanistas lo acusan de no haber respetado el Estatuto. Muchos, muchísimos más lo acusan de haber prolongado la guerra innecesariamente, de haber jugado ligeramente con el dolor de todo un pueblo. Sin embargo y a pesar de que todas esas acusaciones tienen su parte de verdad, Negrín sabía perfectamente que el principal enemigo de la República era el tiempo, y que la única posibilidad de supervivencia estaba en aguantar hasta donde se pudiera, hasta el límite máximo de la resistencia; aguantar, no porque se pudiese vencer a los rebeldes, cosa imposible dada la carencia de armas, sino porque sabía bien que la guerra en Europa no podía tardar en estallar y porque esperaba que entonces los enemigos de la República, es decir la España rebelde, Italia y Alemania, se convertirían en enemigos de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, y forzarían a estos infieles amigos a proporcionarle las armas que necesitaba. Y porque estaba convencido de todo esto, Negrín se convirtió en el máximo representante de la resistencia a ultranza, y en el dirigente de todos aquellos que deseaban seguir luchando. La guerra civil española terminó en abril de 1939; en septiembre del mismo año, a sólo seis meses de distancia Alemania atacó a Polonia. Equivocado o en lo cierto es plausible pensar, como lo pensó Negrín, que si el estallido de la guerra europea hubiese encontrado a la España rebelde y a la España leal frente a frente y en armas, la historia de España y del mundo hubiese sido distinta. El tiempo, el principal enemigo de la República, el que habría de derrotarla, dio la razón a Negrín. Era necesario resistir para que la guerra civil española se ligase directamente con la guerra europea. Era necesario resistir, además, para que en caso dado la República pudiese negociar con los rebeldes desde una posición más fuerte, ya no la supervivencia del régimen, condenado a desaparecer, sino la supervivencia misma de los defensores de la República, amenazados por la saña que en su contra mostraban los rebeldes. El tiempo habría de darle la razón a los partidarios de la resistencia a toda costa; no fue su culpa que contra un enemigo tan poderoso no pudiesen triunfar.

Tal como fue, la historia militar de la guerra civil española nos muestra un avance lento pero constante del ejército rebelde, momentáneamente detenido aquí y allá por los desesperados esfuerzos del ejército republicano. Detenidos por el pueblo madrileño y por las Brigadas Internacionales ante las puertas de

Madrid en noviembre de 1936, para febrero de 1937 los rebeldes se apoderan de Málaga, en junio de Bilbao, en agosto de Santander. El ejército republicano muestra ya su capacidad de lucha en Brunete, en Belchite, en Teruel, sobre todo en la batalla del Ebro, de julio a noviembre de 1938, que a pesar de su éxito inicial y del derroche de voluntad de los republicanos termina en costosa derrota; costosa principalmente porque en esta batalla la República consume sus escasos materiales de guerra y se ve así impedida, materialmente impedida de defender a Cataluña.

El 24 de diciembre de 1938, espléndidamente equipado, haciendo derroche de efectivos militares, el poderoso ejército rebelde inicia su ofensiva contra el Principado catalán. El ejército republicano, sin provisiones, sin armas, desmoralizado, se retira paulatinamente hacia Francia. En su retirada le sigue una enorme masa de población civil enloquecida de terror. El 26 de enero de 1939 Barcelona cae en manos de los rebeldes; el 9 de febrero Cataluña ha sido totalmente ocupada y en los campos del sur de Francia hay medio millón de refugiados españoles. Caída Cataluña, la zona más importante por sus recursos industriales y su situación estratégica, sólo queda en manos de la República la zona centro-sur, es decir Madrid y Valencia. Es entonces, en esos trágicos meses de febrero y marzo de 1939, que estallan abiertamente las diferencias entre los dirigentes republicanos. Roto el hilo que los unía: la esperanza de salvar a la República, los republicanos toman cada cual su camino sea para salvar por lo menos la vida, sea para hacer el último intento por proteger de la venganza franquista a tantos fieles defensores de la República que no tienen medios para abandonar el territorio español. Azaña renuncia a la presidencia. Negrín



regresa a la zona centro-sur para continuar resistiendo. El coronel Casado, por su parte, considera oportuno el momento para encabezar un golpe de estado en contra de Negrín y para organizar una cacería de comunistas. Sus motivos, ¿quién quiere dudarlo? eran positivos: tratar de negociar con Franco la vida de los defensores de la República. Pero Franco, imperturbable, no concede nada. Ha de ser una rendición incondicional, total, sin garantías para nadie. El frente de desploma y muchos infelices que hubieran querido salir de España caen en manos de los rebeldes. El 28 de marzo las tropas de Franco entran en Madrid, que nunca pudieron conquistar. El 10 de abril un parte franquista anuncia orgullosamente: "la guerra ha terminado".

"La guerra ha terminado", se dijo, y sin embargo en muchos sentidos, demasiados, la guerra continuó, y todavía continúa hoy por muy variados medios. En España misma hoy, a 40 años de terminada la contienda continúan sintiéndose violentamente los efectos de la guerra civil. Entonces, en 1939, ocupado ya todo el territorio por los rebeldes, se hizo sentir la venganza de Franco en contra de los republicanos. Se impuso un gobierno de fuerza que duró casi hasta nuestros días; se organizó el terror a escala nacional; pedazo a pedazo fue destruida o pervertida la vida anterior. Y sin embargo, España, exhausta, mostró un inextinguible deseo de vivir. Su inmovilidad misma por tantos años más que un estado de coma implicó un reposo para recuperar las fuerzas perdidas.

El costo material y sobre todo espiritual de la guerra fue enorme. Incluyó la destrucción de todo un mundo, la destrucción de la riqueza que sobre todo en hombres, en ideas, en cultura, en tolerancia había acumulado tan trabajosamente la España de la restauración borbónica y la España de la República. Lo mejor que perdió España, sin duda, fueron sus hombres; fue un grupo selecto por su valor, su inquietud, su entrega moral, que perdió la vida en los campos de batalla y en el terror desatado por ambas banderías, o tuvo que huir de España para salvar la vida. En todo caso, la pérdida fue brutal.

Con la crisis que provocó en todos los órdenes de la vida, la guerra civil puede tomarse como el hito que separa y relaciona entre sí dos eras históricas muy distintas. El mundo que muere y que se transforma en algo distinto es el de la España republicana; pero además de ella mueren y se transforman, ¿para siempre? la España de la dictadura de Primo de Rivera, la España de la restauración borbónica de 1874, la España de la Primera República, la de la revolución de 1868, la de la guerra civil entre carlistas y cristinos de 1833 a 1839, la España, en fin, de la guerra de independencia de 1808. En la guerra civil española se cruzan y entrelazan muchos de estos procesos históricos, susceptibles de ser seguidos hacia atrás por más de un siglo de historia. Es la España del siglo XIX la que muere, aquella que quiso hacer de la nación española una nación moderna a la altura de Europa, y que se enfrenta y pierde la partida una vez más ante la España tradicional, anti-moderna y anti-europea.

Para España, la guerra civil marca el fin de una era y el

principio de otra, muy diferente, que es la que estamos viviendo todos nosotros. Y nos incluyo a todos porque la guerra civil española tuvo y tiene una proyección universal. Como muy bien lo vieron tantos hombres que lucharon por la República, el problema no se reducía a una simple rebelión de militares en territorio español. Además de los problemas específicamente españoles que se ventilaban, en la guerra se opusieron y lucharon las dos tendencias que habrían de enfrentarse poco después en los campos de batalla del mundo: el nazifascismo y las democracias representativas aliadas, y esta es otra de las ironías de esta historia, a los comunistas. La guerra civil española fue el primer acto, la primera batalla de la segunda guerra mundial. Por ello pudieron creer fervorosamente muchos españoles que al fin de la guerra mundial las potencias aliadas restaurarían, como obligada justicia, a la República en territorio español.

Fin y principio de una era para España; fin y principio de una era para Europa y el mundo, que en la segunda guerra mundial habrían de destruir en gran medida los restos que quedaban de la cultura decimonónica y moderna. Una cultura decimonónica y moderna que habiendo hecho crisis con la primera guerra mundial, permanece transitoriamente en vilo hasta que la segunda guerra mundial le viene a extender su acta de defunción. Mucho queda en pie, sin embargo, de ese mundo que al morir se transforma. Lo que quede y lo que todavía podamos destruir o conservar de la cultura moderna, es ya nuestra historia vivida, la historia de nuestros días.

Por supuesto, la historia de la guerra civil española no agota sus sentidos con decir que para España y para el mundo implicó una profunda crisis, una crisis en la cual lo que estaba en cuestión en términos espirituales era la fe que Occidente tenía en la razón. Otro sentido hay que nos atañe directamente y por lo menos hay que mencionarlo.

A México, la guerra civil española le importó mucho. Por primera vez en la historia de México desde la Independencia, pueblo y gobierno se sintieron directamente comprometidos con las luchas españolas. Muchos hubo que se identificaron con los militares rebeldes, pero predominaron los que hicieron suya la lucha por salvar a la República. La lucha española tuvo la virtud de apasionar a México, y de crear una identificación de las metas y los objetivos españoles con los mexicanos. El gobierno de Cárdenas, respaldado por una opinión nacional importante, tomó parte como pudo en favor de la República, y al término de la guerra hizo más: invitó a muchos republicanos a rehacer su vida en tierras mexicanas. Lo que para España fue una pérdida, la de sus hombres, para México y en la medida en que adoptó a esos hombres fue una enorme ganancia. México recibió a un numeroso grupo de republicanos españoles que hoy son parte ya inseparable de la vida de México, porque le entregaron y continúan entregándole lo mucho que de vida les quedaba y les queda, y aquí fincaron su hogar, encontraron patria, se fundieron con un pueblo que a través de ellos y sus hijos aprendió a valorar con mayor justicia a España como una de las raíces que configuran nuestra nacionalidad.